



Editorial



**Hna. Gloria Liliana Franco Echeverri, ODN
Presidenta de la CLAR**

Hoy más que nunca, la travesía debemos hacerla en condición de hermanas/os. Estos días de “aislamiento obligatorio” han situado a la Vida Religiosa en el lugar de lo común, tiempo juntas/os; tejiendo la relación; compartiendo la fe que nos habita y sostiene; desarrollando la creatividad que nos alegra y dispone a la entrega; buscando cauces a la solidaridad, al compromiso con los más pobres, con quienes más sufren y preguntándonos sin descanso por la mejor manera de responder a los actuales desafíos:

- Una pandemia que nos recuerda lo vulnerables que somos, un virus, capaz de modificar nuestras agendas, el ritmo de la vida, el orden mundial. Una ráfaga de enfermedad que evidencia que las desigualdades, especialmente en el área de la salud, son un factor que aumenta el riesgo para los más pobres.

El impacto de cuanto vivimos nos hace reconocernos como una aldea global afectada por lo inesperado. Todas/os llamadas/os a salir de nuestros individualismos, a procurar el cuidado los unos de los otros y a no desfallecer en la defensa de la dignidad y el derecho de todas las personas.

- Una crisis económica que pone a tambalearse a las grandes potencias, que nos afecta a todas/os y golpea especialmente con fuerza a los más pobres. Crisis que evidencia las marcadas brechas sociales, ha hecho más agudo el grito de los pobres y recrudece la tragedia de las víctimas de un sistema que tiende a invisibilizar a los pequeños.

Esta crisis supondrá replantearnos el estilo de vida y revisar las decisiones cotidianas. Implicará situarnos con austeridad frente a los destellos de la sociedad de consumo y reflexionar personal y comunitariamente la manera de vivir una solidaridad transformadora con los más necesitados.

- Un oleaje permanente de migrantes que, forzados por la violencia, por la tiranía de algunos mandatarios, o por la crudeza de la pobreza en sus países, se ve obligado a salir, aun a riesgo de perder la vida al cruzar al desierto, al límite de la frontera, o sobre la “bestia” capaz de sepultar dignidad y sueños.

En algunos de nuestros países el retorno a los lugares de origen, se hace la tendencia a la que conduce el desconcierto.

- Un estallido constante de la corrupción que nos revela una crisis ética enquistada en todos los niveles de la sociedad y deja al descubierto, el afán de tantos de nuestros líderes por buscar solo su propio interés, aún a costa de la vida y el bienestar de la mayoría.

Este peregrinar pascual, en medio de tantos desafíos, agudizó en nosotras/os la mirada contemplativa, esa que nos permite situarnos más gratuita y conscientemente ante todo lo que acontece. El silencio ha resonado con fuerza y se ha poblado de nombres, historias, dolores, situaciones concretas que llegan hasta nuestros espacios cotidianos y lo transforman todo en lugar teológico de la manifestación de Dios.

La vivencia encarnada de la fe nos dispone hoy más que nunca a la contemplación, al discernimiento y a la compasión.

Contemplación, agudizar nuestra mirada y corazón, para que los acontecimientos de nuestro presente no se reduzcan a cifras, a noticias que van y vienen, a teorías que desde distintas áreas nos ofrecen poca o mucha luz. Lo nuestro será contemplar porque en medio de todo lo que vivimos nosotras/os y vive nuestro pueblo, Dios acontece, suscitando conversión, una nueva manera de vivir y relacionarnos, ubicando en su debido lugar las prioridades y revelándonos que lo fundamental pasa siempre por el arte del encuentro.

Discernimiento, capacidad de cernir, con inteligencia espiritual y los pies anclados en la realidad, las mociones, para desentrañar cómo nos trata Dios, qué espera, cómo y dónde nos quiere, desde qué lógicas y criterios.

Para poder conjugar la atención a la realidad, con respuestas audaces y por sobretodo evangélicas. Obrar al ritmo del Espíritu, aferrados a Él y dispuestos a creerle, aun en medio de la incertidumbre y el desconcierto que supone este momento que vivimos.

Compasión, no podemos ser indiferentes ante lo que viven los más pobres de nuestros países; su dolor, el eco de su angustia, tiene que “incomodarnos” y se constituye en una oportunidad para liberarnos de prácticas acomodadas y estilos fáciles. Todo lo visto y oído, durante este tiempo, debe suscitar en nosotras/os transformación, entrañas compasivas, prácticas misericordiosas, salida misionera, profetismo audaz.

Esta edición especial de la Revista CLAR pretende ayudarnos a hacer lectura de fe de la realidad, a profundizar con lucidez y a desentrañar los cauces para situarnos como Vida Religiosa ante este momento de la historia. Agradecemos a cada una/o de los miembros del Equipo de Teólogas/os Asesoras/es de la Presidencia (ETAP) y colaboradores, que con su palabra y su testimonio nos conducen en esta aproximación a la realidad.

A todas/os las/os religiosas/os del continente, sobre todo, a quienes por carisma están en la primera línea del compromiso, a aquellos que

dedican su existencia al cuidado y en el área de la salud viven y se desviven por los más frágiles, muchas gracias.

A todas/os las/os que sin horario se han empeñado en acompañar a las comunidades más vulnerables, a velar por el techo, el abrigo y el alimento para los más pobres, no desfallezcan en su resistente esperanza, sigan abriéndole cauces a la solidaridad y denunciando todo lo que, enquistado en nuestro sistema, es injusto y atenta contra la dignidad de las personas.

Que Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de América, nos sitúe siempre en defensa de la vida.